

## DON FEDERICO SUAREZ VERDEGUER

*José Luis Comellas*

» Aquel curso 1947-48 no quedaba en la Facultad más que un solo catedrático. Eran años difíciles y no abundaban las provisiones de plazas. Santiago tampoco parecía el puesto más apetecible para un profesor con aspiraciones, o por lo menos tal era lo que se comentaba. El curso anterior, dos conocidos maestros habían emigrado a Madrid y Zaragoza. Los cuadros del profesorado se cubrían con docentes de enseñanza media o con licenciados dotados, por lo menos, de un indudable entusiasmo. Los alumnos comentábamos con cierto grado de resignación aquella indigencia, que, sin culpa de nadie, estábamos padeciendo. Se explica sin dificultad que fuera recibida con general alborozo –y por supuesto con expectación– la noticia de la llegada de un nuevo catedrático.

» Por este motivo, y porque toda la Facultad cabía en el aula I, no faltó nadie en el recibimiento de don Federico Suárez Verdeguer. No extrañó su condición sacerdotal. Cuatro profesores de segundo curso eran sacerdotes, de acuerdo con una vieja tradición compostelana. Algo, sin embargo, permitía intuir que don Federico tenía algo "distinto". Joven, impecable, dinámico, era dueño de una especial prestancia tanto por lo que se refiere a su presencia humana como a su vastísima cultura o a su modo de expresarse. Aunque nos lo presentaron como un especialista en Historia de América –quizá por la reciente aparición de un artículo suyo sobre la Emancipación–, su lección inaugural versó sobre "Idea de lo moderno". No fue una lección simplemente didáctica, como las que estábamos acostumbrados a recibir: enseguida descubrimos algo más profundo, que invitaba a la reflexión y resultaba en alto grado alimenticio. ¡Cuántas ideas de aquella primera lección de don Federico habré repetido a lo largo de toda mi vida universitaria!

» Pronto, no se sabe cómo, don Federico consiguió montar, en un viejo caserón situado frente a la Facultad, y en otro tiempo Banco de España, el Seminario de Historia Moderna. Fue el primer centro de cuantos recuerdo en que profesores y alumnos pudiéramos convivir amigablemente, consultar dudas, resolver problemas, dialogar en suma, y quizá, sobre todo, algo inédito: con-cernos. Y así mi decidida inclinación por la Historia Antigua duró justamente el tiempo que tardé en conocer a don Federico. "Jamás me dedicaré a la Historia

Contemporánea", fue la promesa que me hice a mí mismo, casi fieramente, tras la primera invitación. Política por todas partes, enrevesamiento, nombres que van y vienen, puro ejercicio de la memoria. Pero la nueva Historia Contemporánea que empezábamos a conocer tenía sentido. Ciertamente consistía, como el propio don Federico dijo una vez, en "un cúmulo de infinitos pequeños sucesos". Pero, por debajo de toda aquella aparente parlanchinería, había un contenido profundo que podía explicarse y comprenderse, de suerte que las piezas encajaban unas con otras hasta adquirir su pleno y luminoso significado. Valía la pena tratar de encontrar la clave auténtica de aquellos infinitos pequeños sucesos. Llevo cuarenta años sin arrepentirme de haber incumplido la promesa inicial.

El Seminario de Historia Moderna centró la mayor parte de sus actividades en el estudio de la España del siglo XIX. De él salieron una serie de especialistas, que, en su día, continuarían la labor en diversas Universidades españolas. Se leyeron tesis en una profusión desconocida hasta entonces, y comenzaron las primeras publicaciones. Se investigaba intensa y seriamente sin que el rigor impidiera el humor. Algún día una revista se refirió a la espléndida obra de Federico Suárez, "en cuyo torno se mueve una pléyade de jóvenes investigadores". Desde entonces, aquella escuela fue conocida como *La Pléyade*, nombre que duró bastantes años.

Al cabo de un tiempo nos enteramos de que don Federico era valenciano. Becario del Colegio Mayor San Juan de Ribera en Burjasot –de donde salieron tantos universitarios de primera línea–, estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia y terminó la carrera poco antes de que le sorprendiera la guerra. La contienda significó, como para otros muchos jóvenes de su promoción, una interrupción y una prueba. Muchos recuerdos hermosos y tristes se acumulan de aquellos años dramáticos que sirvieron para vivir y comprender mejor que nunca la historia de España. Don Federico no ha trabajado sobre el tema de la guerra, pero de vez en cuando cree conveniente rememorar alguna de sus vivencias aleccionadoras. Recientemente (1986) un artículo suyo ha puesto de relieve el carácter religioso –y antirreligioso– que informó a las fuerzas en conflicto: un punto que hoy suele olvidarse con demasiada facilidad.

En 1940 se reincorpora a la Universidad de Valencia, ahora como Encargado de Curso, y en 1942 se doctora en la Universidad de Madrid. Sus primeros trabajos versan sobre muy diferentes temas, y basculan entre la época bajomedieval y la introducción de la Internacional de Trabajadores en España. Poco a poco, va decidiéndose su inclinación hacia temas relativos a la Crisis del Antiguo Régimen, que constituiría su especialidad y que le convertiría en la primera autoridad sobre ese ámbito histórico en pocos años. Entre tanto, desde 1944 fue Encargado de Cátedra en Valencia, y poco después Colaborador del Instituto "Jerónimo Zurita" del C.S.I.C. Su vinculación al Consejo, de una

forma u otra, duraría muchos años, y un digno broche a la primera etapa de su labor investigadora sería el Premio Luis Vives obtenido en 1951 por una de sus obras más características. El acceso por oposición a la Cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Santiago (1948) era tanto el refrendo a la categoría de un investigador de treinta años como una lotería que inesperadamente cayó sobre una generación de universitarios en ciernes que todavía no eran conscientes de hasta qué punto necesitaban su ayuda.

Federico Suárez pertenece a una generación de historiadores cuya importancia renovadora y aportadora tal vez no se ha valorado nunca –y menos ahora mismo– en su decisivo valor. Nombres como el suyo, o los de Corona, Rodríguez Casado, Palacio Atard o Jover, por citar sólo algunos ejemplos, no necesitan defensa ni reivindicación, porque se avalan por sí solos. Paradójicamente, la generación en sí ha sido homologada con frívola frecuencia a la fácil almoneda de la posguerra, que habría venido a llenar los huecos dejados por los más grandes maestros del siglo. La generación de Federico Suárez es, ciertamente, la generación de posguerra, pero no tiene nada de fácil, de arribista o suplantadora. Supo elevarse por su propia categoría humana y científica, y la inmensa lección de la contienda sirvió a sus miembros menos de pretexto triunfalista que de motivo de honda reflexión.

La generación historiográfica de la posguerra se caracteriza ante todo por su precisión del tópico y del lugar común, por su revisionismo de las versiones consagradas y repetidas machaconamente, por su deseo de replantear los temas y los problemas, y de contrastarlos a la luz de las fuentes y del uso razonado y fundamentado de la lógica. No salió a la palestra de la investigación con el ánimo de destruir por destruir lo hecho hasta entonces, sino de comprobar fundadamente a la luz de los hechos y de los testimonios hasta qué punto debía ser aceptado, o en qué medida necesitaba de una revisión, de una complementación o de una reconstrucción sobre bases más sólidas. Por eso su labor fue mucho más constructiva que destructiva, y, sobre todo, supo unir dos elementos hasta entonces muchas veces contrapuestos: erudición y explicación; tratando de constatar la verdad y buscando al mismo tiempo su sentido o su porqué. ¡Cuántas tesis señeras de entonces constituyen todavía las piezas clave de nuestras concepciones históricas de hoy!

Federico Suárez, al escoger como campo de investigación la Crisis del Antiguo Régimen en España, se introducía en el más espinoso de los terrenos. En su tarea se hacían necesarios, más que nunca, la independencia y claridad de juicio, el rigor crítico y lógico, la fundamentación, el uso sistemático de las fuentes, la argumentación sólida, convincente, sin posible recurso en contra. De ahí su tendencia, desde el primer momento, al estudio crítico e implacable de documentos y crónicas, su preocupación por el método y el rigor, el esfuerzo por

situarse en el punto de partida válido. "Nunca comencéis un trabajo sin establecer previamente, con seguridad, el estado de la cuestión". Y sólo al final de un interminable proceso de deducciones inapelables podrá llegar la tesis, la conclusión. Sin asomo de subjetivismos. La primera palabra que don Federico tachó en un escrito incipiente de uno de sus discípulos de Santiago fue el verbo "interpretar". Desde aquel día, el discípulo ha conseguido no volver a escribir esa palabra en un libro de historia.

La Crisis del Antiguo Régimen no era quizá entonces el punto más dramático o más controvertido en el análisis de la contemporaneidad española, pero sí el elemento básico, el punto de arranque, del cual derivaban todos los demás. La labor de desbroce, revisión y saneamiento resultaba aquí particularmente delicada. Había que trabajar sobre conceptos cuyo valor y significado históricos parecían desde hacía mucho tiempo punto menos que intangibles. El tópico había encallecido, había fraguado, por así decirlo, en el propio material histórico, y no parecía ya fácil separar los hechos de las valoraciones. El adjetivo se había identificado con el sustantivo.

Era preciso afinar en el origen de las noticias y deslindar las fuentes primarias de las secundarias: ¡cuántas versiones resultaban ser mera copia de otras versiones! Había que acudir a los archivos y localizar la documentación básica. Se hacía necesario rastrear informaciones inéditas, cotejar testimonios, cear relatos diferentes de un mismo hecho. Y despojar a la literatura histórica de tantos adjetivos y de tantos apasionamientos, separar las realidades de las connotaciones que pudieran desfigurarlas. La labor de Federico Suárez en este terreno fue triple: a) localizar, criticar y clarificar las fuentes; b) someterlas a un tratamiento lógico, coordinarlas; c) obtener conclusiones válidas. Solo mediante este proceso era posible *explicar* hechos que hasta entonces habían sido, simplemente, *expuestos* o *calificados*. ¿Cómo es posible que un país, como España, donde tanta fuerza tenían los elementos tradicionales, llegara a ser uno de los primeros en abrazar oficialmente los principios de la Revolución? ¿Cómo pudieron llegar a reunirse las Cortes de Cádiz? ¿Cuál es el significado exacto de la Guerra de la Independencia? ¿Qué era y cómo era Fernando VII? ¿Qué tendencias ideológicas existían en los albores de nuestra contemporaneidad? ¿De dónde vienen las ideas de nuestros liberales? ¿Cuáles son los orígenes del carlismo, y cómo se llegó al clima de guerra civil que ensangrentaría tantos años de la España contemporánea?

Una serie de trabajos publicados entre 1945 y 1950 (*Un factor fundamental en la historia española del siglo XIX*, *Génesis del liberalismo político español*, *La formación de la doctrina política del carlismo*, *La Pragmática Sanción*, *El golpe de Estado de La Granja*, *Planteamiento ideológico del siglo XIX español*, etc.) fueron las bases principales de la armazón sobre la que se construyó la obra de

análisis y síntesis *La crisis política del Antiguo Régimen en España* (1950), el libro que colocó al profesor Suárez entre los primeros historiadores españoles de su tiempo. *La Crisis* es una de esas pocas obras que, de vez en cuando, marcan época en el devenir de nuestro panorama historiográfico. Arrumbó para siempre viejas visiones tópicas, iluminó con nueva luz y desde ángulos nuevos problemas hasta entonces mal resueltos, y abrió perspectivas distintas a partir de entonces. Como el mismo don Federico comentó muchas veces, una obra es realmente aportadora si a) resuelve un problema; b) plantea un problema nuevo; c) enfoca de tal modo un problema que obliga a modificar su planteamiento. *La Crisis del Antiguo Régimen* viene a contestar satisfactoriamente a docenas de interrogantes; abre camino a direcciones hasta entonces inexploradas o mal exploradas. Pero sobre todo, centra los enfoques, obliga a operar desde un punto de partida distinto a los que hasta entonces se consideraban válidos. Las cosas ya no podían volver a plantearse con la misma simplicidad de antaño. El libro, como todos los libros importantes, fue ensalzado, comentado, utilizado a mansalva o criticado: lo que ya nunca pudo hacerse fue ignorarlo.

También durante la época compostelana apareció otro libro "clásico", *Los Sucesos de La Granja*, escrito realmente, creo, antes que *La Crisis...*, pero publicado después (1953) por circunstancias editoriales. No se trata aquí de síntesis amplias o visiones señeras, sino de análisis pormenorizado. *Los Sucesos* se limita a unos días de septiembre de 1832 y a un único escenario, el palacio de La Granja. Se trata de reconstruir paso a paso unos hechos siempre mal comprendidos o tergiversados, de los cuales derivan el prevalecimiento del régimen liberal en España y los arranques de la primera guerra civil. Para ello el profesor Suárez hubo de imponerse una técnica auténticamente policíaca. Los que conocen su vieja afición a las novelas detectivescas saben muy bien lo que es su gusto por la deducción. *Los Sucesos de La Granja* son una auténtica novela detectivesca; sólo que el detective es el autor y los hechos que se investigan, hechos reales, históricos.

Quizá el detalle que más trascendió de todo aquello, desde el punto de vista meramente anecdótico, fue la conclusión de que no existió nunca la tan comentada bofetada de la infanta Luisa Carlota al ministro Calomarde y la galante respuesta: *manos blancas, señora, no ofenden*. A los miembros de la *Pléyade* nos hizo gracia el desmontaje, y un buen día le regalamos a don Federico, debidamente enmarcada, una vieja lámina en que se representaba la famosa e inexistente bofetada. Nunca le vimos reír de aquel modo. Todavía conserva la lámina en su despacho. Pero *Los Sucesos de La Granja* suponen mucho más que un catálogo de sucedidos palaciegos inteligentemente reconstruidos. Aparte de que permite comprender el arranque de muchas de las

debilidades de nuestro siglo XIX, constituye una soberana lección sobre cómo hay que trabajar el material histórico.

En 1955, don Federico Suárez fue nombrado primer Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, o, por ser más exactos, y empleando la terminología de entonces, fue encargado de levantar de la nada la Escuela de Historia del Estudio General de Navarra. El empeño de crear una Facultad universitaria en un ambiente nuevo no era tarea fácil, aun contando con la experiencia y ayuda de las recién surgidas de Derecho y Medicina. Hubo que luchar con las dificultades burocráticas, y presupuestarias, habilitar las primeras aulas en la Cámara de Comptos y luego en el piso alto del Museo de Navarra, agenciar el material y los primeros libros ..., y hasta buscar alumnos. La noticia de cada nueva matrícula, a fines de septiembre, era un motivo de regocijo. Casi parecía imposible que todo pudiera salir adelante. Y sin embargo salió, y cómo salió.

Quienes conocen hoy la Universidad de Navarra, con sus espléndidas instalaciones, su buen nutrido claustro, su prestigio mundial, difícilmente pueden imaginar aquellos años de gozosa indigencia. La Facultad comenzó con tres cajones de libros —que sirvieron de asiento mientras no llegaban las sillas—, cinco profesores y seis alumnos. Se comentó con humor que nunca se había visto tan generosa proporción profesor-alumno en la Universidad española y hasta a nivel mundial. Y era verdad. Pero todo aquello tenía que crecer. Parece mentira que lo de entonces se haya transformado en lo de hoy. Fue, qué duda cabe, un auténtico milagro de Dios. Pero quien regaba el grano de mostaza todos los días era don Federico.

Los comienzos de la etapa navarra coincidieron con la difusión de una nueva idea destinada a prosperar en los análisis de la historiografía española contemporánea: la división de las tendencias ideológicas durante la crisis del Antiguo Régimen. El tema de la lección inaugural del curso en Pamplona fue *Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del Antiguo Régimen*. La idea databa ya de años antes, y es fácil rastrearla en *La Crisis*, pero aparece ahora en su expresión concreta, y alcanzaría su consagración en el Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época (Zaragoza, 1959), donde el profesor Suárez leyó una de las ponencias principales sobre *Las tendencias políticas durante la Guerra de la Independencia*. La triplicidad de opciones venía a romper el esquema tópico de "liberales" y "serviles", o de "blancos" y "negros", como podía leerse en algún manual de estudio. El papel de los "renovadores" o reformistas tradicionales —cuyas ideas aparecen en las Cortes de Cádiz, en la Regencia de Urgel, en las proclamas de los guerrilleros realistas, o en determinadas manifestaciones de la década final del reinado de Fernando VII— enriquecía el panorama y explicaba muchas cosas hasta

entonces oscuras. No todos los realistas eran conservadores ni todos los reformistas deseaban establecer el "modelo" francés. El triple esquema continúa siendo hoy habitualmente utilizado.

La mayor parte de los investigadores en temas de historia comienzan su carrera con obras de análisis y la acaban con obras de síntesis. Es un cambio de orientación que a veces tiene que ver con la preparación de oposiciones –cuando hay que "amarrar" con más cuidado todo cuanto se afirma–, y también con una lógica evolución en la forma de trabajar. En el profesor Federico Suárez puede observarse un giro en sentido inverso del habitual. Primero vienen las grandes obras de análisis-síntesis, y luego los cuidados análisis, unas veces en obras monumentales, otras en pequeñas monografías, en que se busca la información precisa más que la defensa de una tesis. El hallazgo de interesantes manuscritos de *memorias*, muchos años buscados –tales los de Ramón de Santillán o el marqués de las Amarillas– empujaron en ese sentido. Pero también una doble convicción: la de que no hay forma más segura de hacer historia que dejar hablar a los propios hechos; y la de que es preciso dar a conocer, depuradas y clarificadas, nuevas fuentes. Y esto no puede conseguirse sin un estudio sacrificado, capaz de extremar al máximo la precisión y la crítica. En este sentido, don Federico Suárez sigue trabajando con el esfuerzo y la garra propios de un futuro opositor.

De los más de cuarenta tomos de la Colección Histórica de la Universidad de Navarra, dirigida por él, veinticuatro son ediciones de *memorias*, *informes* y *documentos*, puestos a disposición del investigador, y acompañados en todos los casos de estudios preliminares (alguno de los cuales abarca un tomo entero) que nos presentan un acabado estudio de un personaje o una época. Ahí están Martín Garay, López Ballesteros, Sainz de Andino, Guerola, los informes sobre la convocatoria de las Cortes de Cádiz, los papeles de Hacienda o los Agraviados de Cataluña. Como contribución al conocimiento de los orígenes de nuestra Edad Contemporánea, la *Colección de Documentos del reinado de Fernando VII* es una aportación monumental que no admite comparación con ninguna otra de cuantas se están haciendo.

La preocupación por la impecabilidad del método ha llevado con frecuencia a Federico Suárez a hablar o a escribir sobre problemas metodológicos y sobre orientaciones de la ciencia histórica. Sus trabajos *Sobre el sentido de la Historia*, y sobre todo sus extensas *Reflexiones sobre la Historia y sobre el método de la investigación histórica* (1977) son una llamada a la seriedad en los tratamientos y un desmontaje de lugares comunes. Muchos de los puntos que se sostienen –en contra de la corriente entonces dominante– son hoy admitidos en los más amplios círculos de historiadores.

Aparte de sus grandes "constantes" temáticas, hay en la obra de Federico Suárez una serie de temas "recurrentes". ¿Cómo no relacionarle, por ejemplo, con Donoso Cortés? Los estudios sobre la vida y obra del pensador de Valdegamas llenan toda una vida de historiador: *La primera posición política de Donoso Cortés* (1946); *Evolución política de Donoso Cortés* (1949); *Donoso Cortés en el pensamiento europeo del siglo XIX* (1954); *Introducción a Donoso Cortés* (1964); *Nuevos datos sobre los escritos de Donoso Cortés* (1983); *Donoso Cortés y la fundación de "El Heraldo" y "El Sol"* (1985), más otros estudios que ahora mismo tiene en elaboración. Podría decirse que se ha especializado en Donoso Cortés si no fuera porque tiene más de sesenta títulos que no se refieren a él. Otros temas recurrentes a los que se vuelve después de años, y que nunca se abandonan, pueden ser las Cortes de Cádiz, la Hacienda en tiempos de Fernando VII o los relacionados con el análisis de las fuentes y los métodos de hacer historia.

Don Federico Suárez es un universitario de la cabeza a los pies, y ha dedicado una grandísima parte de su vida a la Universidad, su cometido y sus problemas. Pero no puede decirse que sea únicamente universitario, ni siquiera parece lícito afirmar que sea "principalmente" universitario. Sólo su fabulosa capacidad para "aprovechar todos los cuartos de hora", como él dice, permite que la Universidad no haya tenido nunca que sufrir sus otras dedicaciones. Su labor como sacerdote comenzó muy poco después de su labor como universitario, sin necesidad muchas veces de un alejamiento físico, porque su contacto con los alumnos o en su caso con otros profesores podía operarse en los pasillos o en el Colegio Mayor. "¿Cómo estás, blanco o negro?", solía preguntar de sopetón a un estudiante, con toda confianza, en sus primeros tiempos. Como la respuesta solía venir con la misma confianza, la conversación terminaba frecuentemente en el confesonario: porque don Federico ha sido todavía más asiduo al confesonario que de Donoso Cortés. Su labor de prédica en charlas, ejercicios o retiros era muchas veces complemento de su tarea docente, en un plano más eminente, pero en el mismo tono, un tono que a muchos de sus discípulos se hacía ya familiar.

Un carácter muy similar tienen sus libros de espiritualidad, traducidos a más idiomas que sus trabajos de investigación histórica. No es del caso mencionarlos a la hora de hacer una semblanza académica, pero se hace necesario recordar cuando menos su existencia, no sólo porque sin ellos su personalidad parecería radicalmente incompleta, sino porque, leyéndolos, se sigue viendo al "mismo" don Federico. Es un similar tipo de encadenamiento lógico el que conduce el discurso, la solidez de las inferencias, el sentido común y la claridad que se imponen por sí propios y convencen al lector. Es la huella de una personalidad indivisible, que sabe lo que dice, y –lo que a veces es más difícil– sabe decirlo de la manera más conveniente.



Don Federico Suárez tiene muchas casas que atender, y las atiende todas, las altas y las bajas. Nombrado por los años cincuenta preceptor del entonces Príncipe don Juan Carlos, fue luego Capellán Real, y sigue acudiendo puntualmente al palacio de La Zarzuela para los más altos ministerios. Ha de viajar con frecuencia, y hasta en sus continuos viajes sabe practicar el arte de aprovechar los cuartos de hora con una mezcla curiosa de sentido del humor y eficacia que produce envidia a cualquiera. Siempre tiene miles de cosas que hacer, y sin embargo quienes acuden a él en demanda de cualquier ayuda –científica, humana, espiritual– sienten la impresión de estar hablando con un hombre que no tiene prisa ni está pensando en la urgencia del próximo momento. Aún no se sabe cómo, pero la verdad es que encuentra tiempo para todo.

Completar la semblanza de don Federico en unas pocas páginas es tarea muy difícil. Historiador nato, se interesa por el hombre, sabe vivir las inquietudes del hombre y de los hombres, de cada uno de ellos, con su realidad de carne y hueso. Jamás se desentiende de un problema humano. Sabe comprender, y debe poseer una capacidad portentosa para "ponerse en lugar del otro" cuando se le oyen juicios tan certeros, tan agudos, sobre las personas. ¡Con qué rapidez se hace cargo de las situaciones! Y la misma perspicacia posee para enjuiciar las cosas. Lo recuerdo porque puede ser expresivo: oímos juntos la primera versión del "Rock and Roll" que llegó a España. No creo que don Federico sea musicólogo, y menos de este tipo curioso de combinar los sonidos y el tiempo. Pero los comentarios –inmediatos– de don Federico sobre el Rock fueron tan certeros, que me siguen impresionando hoy, después de tantos años. Es hombre rápido en sus primeras impresiones, y sin embargo –no es paradoja– es hombre que medita, que reflexiona, que llega a las conclusiones por sus pasos contados. Precisamente porque no se precipita nunca, no se anticipa, puede encontrar en cada momento la plenitud de su propio presente.

Tampoco es paradoja. Sabe ir al grano. No se anda con rodeos. A algunas personas puede parecerles que ataca los temas de manera abrupta, sin preámbulos. Es una cualidad que forma parte de su propio "método". Comienza enunciando, presenta la cuestión. Luego, elabora, razona, desarrolla; se descubre que el enunciado no era una observación improvisada, sino el resultado de una reflexión madura. Don Federico es perfectamente espontáneo, y de esta naturalísima espontaneidad obtiene los mejores frutos cuando habla o escribe. Pero la mayor parte de las veces acaba produciendo la impresión de que lo que dice es algo que ya antes, o en algún momento, había pensado.

Su preocupación por el método no es ninguna casualidad. El mismo criterio que informa su eficaz aprovechamiento del tiempo late también en el estilo de su trabajo profesional. Una tarea de investigación o de exposición docente depende en alto grado de la calidad del guión, del previo ordenamiento de las ideas. El

rigor en el procedimiento no está reñido en absoluto con la naturalidad de expresión; pero proporciona al discurso un orden en que cada elemento se coordina con –o se subordina a– los demás, en aras de la claridad del conjunto y de la eficacia del mensaje. La forma de escribir o de explicar de don Federico posee ese orden en que todo llega cuando tiene que llegar: es la cualidad por excelencia de un docente nato.

Es esa misma preocupación por el método lo que le ha llevado a trabajar sobre metodología en sí misma. El método –contra lo que alguien ha afirmado– no "es la historia". Pero no puede hacerse historia sin un método adecuado. Como no puede hacerla quien, trabajando, no sea realmente metódico. No es fácil precisar si la "claridad ordenada" de don Federico Suárez es totalmente previa a su condición de historiador y ha informado su propio sistema de trabajo científico, o si son las premisas que impone el correcto ejercicio de esa función las que han transportado su lógica amable de historiador a otros muchos aspectos de su vida y de su obra.

El uso del orden, el rigor y el método no han hecho de don Federico Suárez un hombre frío: quienes así lo ven demuestran haberle tratado muy poco. Toma las cosas con entusiasmo, sobre todo cuando lo que está haciendo vale la pena; y sin ese ardor en la empresa no se explicaría gran parte de sus logros. Lo que ocurre es que siempre la cabeza guía al corazón, y su pasión –pasión por la verdad, por el trabajo bien hecho– apenas se manifiesta más que en las famosas chispitas verdes que de vez en cuando saltan en sus ojos. Su estar en todo (hasta en el problema del alumno que no sabe que se preocupan por él) es producto de una cordialidad guiada siempre por las formas de la lógica.

No sólo, por supuesto, son la cabeza y el corazón lo que funciona, sino lo que está detrás y los guía. En una ocasión tuve la desfachatez de soñar que don Federico daba una conferencia sobre radicales de las sales ácidas, y la desfachatez de contárselo. "Mira –me dijo–, mira (y le brillaban las chispitas verdes): puedes estar seguro de que si un día tuviera que hablar de eso, lo haría con muchísima intención". La respuesta me quedó grabada para siempre, porque sirve para reflejar a las mil maravillas la "intención" de don Federico: es algo que está por encima de las ideas, de las palabras, de los proyectos y de las realizaciones, y que ilumina, que explica, el conjunto de su obra. Sin tenerla en cuenta, no comprenderíamos nada.

Su obra como historiador ahí está, y seguirá estando por mucho tiempo. Y es una obra que no ha terminado, porque don Federico Suárez sigue proyectando, sigue trabajando con el mismo tesón de opositor que le ha caracterizado toda la vida. Pero el logro no está sólo en lo que ha hecho, sino en lo que ha hecho hacer. Por lo menos desde los tiempos del Seminario de Historia Moderna en Santiago, es un formador de historiadores. Es difícil compaginar, como él

compagina, un exquisito respeto por la libertad de cuantos trabajan con él, y su capacidad para guiar, aconsejar, corregir o estimular. Lo cierto es que ha conseguido formar no a una "pléyade", sino a muchas, de investigadores, de universitarios que cultivan la ciencia de la historia gracias a sus orientaciones y a su propio ejemplo. Ahí están las cuarenta tesis doctorales dirigidas –y en la mayor parte publicadas– sobre los más variados temas del siglo XIX español. O las más de sesenta tesis de Licenciatura. Un palmarés semejante no es fácil de encontrar en las Universidades españolas. Entre lo que don Federico ha hecho y lo que ha dirigido podría cubrirse una completa biblioteca sobre la especialidad.

Y ahí está la obra que perdura: el haber creado escuela, el haber abierto un impulso que ya no va a pararse fácilmente. Hay historiadores –y en las páginas que siguen figuran unos cuantos– que ya se consideran "nietos" intelectuales de don Federico, y continúan haciendo historia con seriedad, con eficacia y sin otra pasión que la pasión por la verdad. La tarea bien enseñada sigue y seguirá adelante. Y ésta es la mayor satisfacción que cabe a un maestro al que todavía le restan, Dios lo quiera, muchas cosas buenas por hacer.

- (1942) Doctor en Historia (Universidad de Madrid).
- (1943) Becario del Instituto "Jerónimo Zurita", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1944-45) Encargado de Cátedra en Valencia.
- (1947) Colaborador del Instituto "Jerónimo Zurita".
- Jefe de Intercambios de la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo" de Santander.
- (1948) Jefe de Estudios, de la misma Universidad.
- Catedrático, por oposición, de Historia Moderna y Contemporánea de España, de la Universidad de Santiago.
- (1949) Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago.
- (1951) Premio "Luis Vives" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por su libro *Los Sucesos de la Granja*.
- (1952) Cesa como Vicedecano y es nombrado Secretario General de la Universidad de Santiago.
- Miembro de la Comisión del Centenario de Donoso Cortés.
- (1953) Consejero Nacional de Educación (hasta 1957).
- Jefe de la Sección de Santiago de la "Escuela de Historia Moderna", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (1955) Profesor Ordinario de Historia Contemporánea. Primer Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra. Director del Seminario de Historia Moderna (hoy Seminario de Historia del Siglo XIX).
- (1959) Consejero de Honor de la Institución "Fernando el Católico", de Zaragoza.